

DON MARIANO Y LA CATEDRA DE TEATRO

NUNCA entendí la aparente contradicción de gustarle y no gustarle el teatro. A poco que alguien rozara su condición, se entreveía en él un espíritu distante de la participación. A nadie conocí más suyo, y con mayor gusto por su intimidad; tanto, que lo hacía prototipo de lector, de quien se relaciona con su libro y no precisa intermediario alguno para su goce estético. Sólo en un período concreto de nuestras vidas acudía a representaciones del teu. Ni siquiera la música acabó invitándole a participar, pues prefería la soledad del Pick-up o, sólo por unos días (ay!), el adelanto del laser. ¿Cómo es posible que don Mariano, empero, gustara de Eurípides, de Shakespeare o de Valle con entusiasmo tal? ¿Cómo empujó tanto para que la Universidad de Murcia contara con la primera cátedra de teatro del país? ¿Cómo podía entrar con tan sutil certeza, no siendo especialista, en los mil problemas de la comedia española?

Como nunca supe responderme a tales preguntas, acabé convencido de una especie de doble personalidad de nuestro maestro, nunca contradictoria, sino real: amaba el teatro en su maravillosa disposición arquitectónica, en la síntesis poética del autor, en la creación de sus máscaras o personajes; declinaba el contacto con la escena por el simple miedo de no ver «arriba» lo que su imaginación le había preparado; ¡cuántas veces envidiaba el perfeccionamiento del actor inglés!

* * *

— Sé que no hay precedentes; inventémoslos. Veamos el Reglamento de la Cátedra de Cinematografía de Valladolid. Investiguemos en universidades extranjeras. Pero debemos conseguirlo.



Parecidas palabras, hermanadas sólo por la idea, convencieron al viejo rector de que había que crear una Cátedra de Teatro. Yo, que apenas conocía a don Mariano, miraba con asombro sus razones y el gesto de asentimiento del Magnífico, no sé si convencido o no. Nadie me creía que nuestro maestro peleara para una cátedra de teatro! Yo confieso que lo hizo. Y que si entonces nadie lo creyó, algunos años después dió convincentes frutos.

– No se desespere. Algún día saldrá...

Ni siquiera mi época, con el teu más viajero y trotón del mundo, contuvo la largueza de la gestión. ¡Aquéllas gestiones del ayer efímero y pasajero! Y yo, metido circunstancialmente en la Complutense, pude volver rápido por la antigua gestión de don Mariano, que logró una plaza «de teatro», con dotación, reconocimiento y todo. No sé si será el momento más oportuno, pero no quiero dejar pasar la ocasión para quitar al César lo que no es del César. Eso todavía tan raro de hacer del teatro una disciplina universitaria, eso que hoy nos llena de sonrojo cuando decimos a los extranjeros que sólo un par de universidades explican teatro, eso, se lo debemos a don Mariano, y a su callada lucha de años.

* * *

El ter de Madrid nos devolvía juntos a Murcia. Veníamos de la batalla de la oposición. Creo que no hablamos de teatro ni de las pruebas. Y creo también que jamás leí en sus ojos alegría mayor. Era como el regreso de una propuesta que finalmente devenía en realidad. Doce años nos unían, desde las conversaciones en el antiguo despacho de Civil –con San Agustín y Calderón de citas continuas– hasta la primera oposición de «Historia del teatro». Doce años. Si yo fuera maestro, me conformaría con hacer un viaje en tren con un discípulo al que haber dado la alternativa. Por eso el tiempo agiganta la importancia de don Mariano. Cuando día a día se aleja de mí el inolvidable instante de saber su muerte –estando tan lejos de él, pero envuelto en congresos del teatro que me enseñó–, en la soledad de una habitación de hotel, cuando se esfuma la anécdota, digo, se acerca la tremenda sombra de su influencia. Cuando por fin olvido los huecos lamentos de quienes lloran lo pasajero, sonrío en mí las realizaciones de don Mariano. La de la Cátedra de Teatro, porque me toca recordar, y las cien más que me rodean.

* * *

Y todo por culpa de una persona en las antípodas del premio de la escena, que es el aplauso, quizá por aquello alejado de su forma, que no de su sentido. Una persona que prefería la investigación y estudio del teu, «con su capa la pardilla», que las grandes compañías, «con la suya guarnecida». Una persona que hizo, y no que dijo. Un maestro.

